



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 21 (2015)

BLANCO WHITE Y DEMOUSTIER: SOBRE LA TRADUCCIÓN DEL POEMA «LA VIDA»

Fernando DURÁN LÓPEZ
(Universidad de Cádiz)

Recibido: 14-10-2014 / Revisado: 14-10-2014

Aceptado: 14-10-2014 / Publicado: 11-07-2015

RESUMEN: Entre los poemas escritos por José María Blanco Crespo (Blanco White) en Madrid durante el periodo 1805-1808, que fueron publicados en 1943 por M. V. de Lara, se encuentra una traducción titulada «La vida», cuyo texto origen se desconocía. En este artículo se identifica dicha fuente: un poema lírico inserto en un libro de filosofía moral del escritor francés Charles-Albert Demoustier; asimismo, se explica su contexto y difusión y se comenta el proceso de traducción aplicado.

PALABRAS CLAVE: Blanco White, Demoustier, traducción, poesía moral.

BLANCO WHITE AND DEMOUSTIER: ON THE TRANSLATED POEM «LA VIDA»

ABSTRACT: Among the poems written by José María Blanco Crespo (Blanco White) in his Madrid years (1805-1808), which were published in 1943 by M. V. de Lara, we can read a translation entitled «La vida», whose source text was unknown. The present study identifies the original poem, included within a book on moral philosophy by the French writer Charles-Albert Demoustier; additionally, its context, diffusion and translation process are explained.

KEYWORDS: Blanco White, Demoustier, translation, moral poetry.

Suele ocurrir que la obra inédita de los escritores se divulgue por lotes, según afloran diferentes fondos que la vida siempre azarosa fue dispersando, perdiendo o rescatando en fatigados legajos de archivo. Para escritores mayores de la primera mitad del XIX, y con los niveles hoy alcanzados por la catalogación del patrimonio bibliográfico y documental, esos lotes ya fueron saliendo a la luz hace décadas y solo resta aguardar tal cual sorpresa ocasional de vez en vez. Blanco White no resulta una excepción: los depósitos principales de sus papeles se conocen hace tiempo en Sevilla (para sus pasos más tempranos), Londres (su relación con Holland House, el Foreign Office y Richard Whately, entre otros aspectos), Princeton (el legado familiar que manejó Méndez Bejarano a principios del XX y que salió de España a mediados), Oxford y Liverpool (los papeles y libros conservados hasta el final por el escritor y que pasaron a su albacea, el ministro unitario John Hamilton Thom, luego divididos en dos donaciones). Otras series epistolares y documentos sueltos se dispersan aquí y allá, pero los citados constituyen los fundamentos del Blanco White que conocemos y llevan mucho tiempo a nuestra disposición.

La donación hecha en 1894 tras la muerte de Thom al por entonces llamado University College de Liverpool se custodia hoy entre las *Colecciones especiales* de la Sydney Jones Library, de la University of Liverpool, y fue catalogada en 1942. Es de los fondos más valiosos, pues abarca casi toda la andariega vida del escritor e incluye libros con anotaciones marginales, poemas, cuadernos de notas, cartas, manuscritos de obras, sus escritos autobiográficos principales... Por lo que toca a los afanes de este día, cumple señalar la existencia allí de un puñado de poemas escritos en sus años madrileños, entre 1805-1808 aproximadamente, y que nunca dio a la imprenta. Contiene piezas clave de su evolución literaria y política, como la «Elegía a Quintana» y sus contenidos fueron divulgados en un artículo de María Victoria de Lara (1943), que los reincorporó desde entonces al corpus del escritor.

Produce cierta emoción pensar que Blanco guardara esos cartapacios en su baúl de viaje y —cabe suponer— los arrastrara en una penosa marcha de Madrid a Sevilla por un país en guerra en el verano de 1808; y luego —sigo conjeturando— se los llevara a Cádiz y los embarcara en la primavera de 1810 hacia Londres con un exiguo equipaje donde escaseaba la ropa adecuada para el húmedo aire inglés; y que luego no se deshiciera de ellos en su peregrinar por casas de amigos, habitaciones alquiladas, *colleges* oxonienses y villas campestres durante los treinta años en que vivió en Londres, Oxford, Dublín y Liverpool, además de infinidad de lugares (ajenos) de paso o de veraneo. Blanco White siempre anduvo falto de dinero en el Reino Unido y jamás poseyó una vivienda que pudiera llamar suya. O eso, o se hizo mandar sus manuscritos desde España en algún momento: en cualquier caso ese baúl donde iría trasteando unos cuantos libros y aquellas carpetas con versos tan viejos como los papeles que los mantenían vivos representa un triunfo de su identidad como escritor. Hojearía esas líneas alguna vez, quizá, pero no las conservaba para publicarlas, salvo acaso a título testimonial si hubiera preparado él mismo su legado autobiográfico en lugar de habérselo encomendado a Thom, teólogo unitario cuya insensibilidad hacia el costado español y literario de su amigo era absoluta. Es probable que se hubiera sentido satisfecho de esos versos cuando los compuso y varios bien los pudiera haber sacado entonces en periódicos o libros si la ocasión se le hubiera presentado. Pero expresan una estética que caducó: escritos hasta 1808, esas emociones, esa vida y tal arte de versificar fueron barridas de su conciencia desde 1810 y nunca tuvo intención de regresar a ellas. Conservarlos no indicaba un propósito de futuro, sino tan solo esa distintiva fidelidad (crítica) hacia su pasado que siempre exhibió el sevillano.

Los años de Madrid fueron agrídulces: tras perder la fe religiosa, se había evadido de Sevilla —no hay manera más delicada de explicarlo— con toda clase de gestiones para

agenciarse una licencia que le ausentase de su capellanía real en la catedral. Quería hacer vida literaria, pero sobre todo ansiaba desprenderse del peso de un sacerdocio indeseado y resguardarse de la mirada de una familia que no hubiera comprendido esa renuncia. La tensión sexual y sentimental del celibato atenazaba su ánimo y no influyó poco en su designio el que en Madrid pudiese desahogarla con mayor libertad. Pero toda esa hipocresía de sacerdote ateo y concubinario le pasaba factura en forma de angustias espirituales, además de exigirle un sinfín de fingimientos, mentiras y claudicaciones morales o ideológicas para conseguir sus objetivos. Así, a la vez que cortejaba las prebendas que ofrecía el círculo de Godoy a cambio de adulaciones, frecuentaba la tertulia radical y antigodoísta de Quintana, en un momento en que también él radicalizaba su ideología ilustrada por sendas prerrevolucionarias. Las disonancias vitales eran muchas y le desgarraban. Tal desgarrar transpiran los contados poemas que escribió en esos años, y por encima de todos la «Elegía a Quintana».

De mucha menor entidad que esa elegía, en el lote de manuscritos dados a conocer por Lara (1943: 213-214) subsistió otra pieza que se titula «La vida» y se subtitula «Traducción»:

Incluido en el cuadernillo en que se encuentran las dos poesías anteriores, hay otro manuscrito, el cual tampoco tengo noticia de que se halle publicado. Se trata de una traducción titulada *La vida. Traducción*, sin fecha, y sin notas que indiquen autor o lengua de origen. De este manuscrito hay además en la colección una copia suelta, posiblemente la de factura original. El texto de los dos manuscritos es idéntico, pero el suelto abunda en correcciones (Lara, 1943: 213).

A continuación, la autora facilita el texto, se supone que en su versión más en limpio, pues no anota las enmiendas que dice contienen los papeles:

¿Ves, Tirsis, ese arroyo que girando
entre cañas y flores
les da a aquellas verdor, a estas olores?
¿No ves cómo su cuna abandonando,
ya con pasos inciertos,
muy lejos de su plácida guarida,
va solitario a atravesar desiertos?
Pues mira en él la imagen de la vida.
Bajo un cielo sereno,
irá tal vez corriendo su onda pura,
tranquila cual la luz de la mañana,
y copiará su cristalino seno,
del cielo y bosque y prado la hermosura.
Tal vez con furia insana,
Aquilón inclemente,
asolando la orilla florecida,
vendrá a arrugar su delicada frente.
¡Ay! mira en él la imagen de la vida.
Luego por la ambición arrebatado,
de opulenta ciudad el alto muro,
irá a bañar, y en sangre y fango impuro
saldrá de sus contornos mancillado.

En tanto que ignorado,
 por la nativa selva su corriente,
 giró desconocida,
 nada alteró su cauce transparente.
 ¡Oh! mira en él la imagen de la vida.
 Míralo ya, cuál orgulloso empieza
 a dilatar la espalda cristalina.
 Mil arroyos le ceden su riqueza,
 y hecho río a los mares se encamina.
 Las olas de Anfitrite
 hace volver atrás y entumecerse,
 deja en torno la playa estremecida,
 y en el inmenso golfo va a perderse.
 Mira, Tirsis, la imagen de la vida.

Otros dos blanquistas la han editado luego (Llorens, 1971: 98-99;¹ y Garnica y Díaz, en Blanco White, 1994);² alguno más la ha comentado superficialmente (Ríos Santos, 2004); el resto de estudiosos o no la llegaron a conocer, o no mostraron interés en esta producción de segunda línea. Pero ninguno de ellos había identificado el texto original que le sirvió de base, así que la presente nota tiene como objeto llenar esa laguna y adecentar esa esquinita de la bibliografía del escritor sevillano, de la que en fechas recientes he podido también borrar una falsa atribución (cf. Durán López, 2013). Ahora sabremos, en efecto, que esos versos trasladan una pieza lírica del escritor francés Charles-Albert Demoustier (1760-1801), un autor del todo olvidado, pero que tuvo su rato de gloria.

Demoustier declaraba descender por línea de familia de Racine y La Fontaine, algo que tal vez era un fantasioso modo de justificar una vocación literaria que se enfrentó a su oficio primero de abogado, al que se había dirigido tras una mala caída de un caballo que frustró en plena mocedad sus ambiciones militares. Las *Lettres à Émilie sur la mythologie* (1786-1798, 6 tomos) le facilitaron una entrada triunfal en el oficio de escritor, al que ya se dedicaría por entero el breve tiempo que le permitió el destino, pues murió de una afección pulmonar con 41 años. La obra que le otorgó renombre lo encasilla como escritor «para las damas». Se trata de un programa de lecciones sobre mitología grecolatina en forma epistolar, con una relamida prosa veteada de poemas y explícitamente encaminado a la instrucción del que se solía denominar el bello sexo. Su boga fue considerable: se imprimió decenas de veces, se tradujo a otros idiomas (al castellano ya bien entrado el XIX) y su fórmula sería imitada por autores oportunistas. No obstante, la vigencia de las *Lettres à Émilie* no sobrevivirá mucho más allá de las décadas centrales del ochocientos y después el autor sería arrumbado en la fosa común de tantos otros superventas anclados a un gusto y un contexto extinguidos.

Demoustier escribió igualmente el poema extenso *La liberté du cloître* (1790), algunos informes y discursos en sociedades literarias durante la revolución y una docena de obras teatrales al estilo del tiempo: comedias, óperas en un acto, etc., que tuvieron cierta circulación y algunas de las cuales fueron representadas en España.³ Sus obras se recopilaron

¹ El gran reivindicador de Blanco White incluye la pieza en su selecta gavilla de catorce poemas en español, pero no dice ni media palabra de él, ni siquiera en la bibliografía, donde lo menciona como «Elegía a Quintana» y otras poesías, 1806-1808», remitiéndose al artículo de Lara, de donde toma el texto sin más añadiduras.

² Garnica y Díaz son los únicos que parecen haber acudido de nuevo al manuscrito original, por cuanto en su edición se anotan un par de variantes; no ofrecen, sin embargo, datos específicos al respecto.

³ *El amor filial* se interpretó varias veces en los Caños del Peral a caballo entre 1802-1803. En el mismo teatro,

una vez fallecido en varios volúmenes impresos en París durante 1804, que reunían sus piezas teatrales, las cartas sobre mitología y un tomo con escritos dispersos o inéditos que salieron en varias tiradas y distribuciones distintas ese mismo año: *Les consolations et Opuscules en vers et en prose*. Ese tomo agrupaba un tratadito de moral y consuelo filosófico sobre las desgracias de la vida, una variopinta colección de piezas sueltas en verso y en prosa y el *Cours de morale*. Este último escrito era el único tramo concluido de un proyecto más ambicioso, inspirado por el éxito de sus *Lettres à Émilie*, en el que pretendía redactar cursos didácticos similares sobre moralidad, historia y botánica.

Ese *Curso* es el que interesa. Comienza con un «Avis de l'éditeur aux femmes que liront cet ouvrage», que principia de la suerte siguiente, contando las circunstancias en que tales páginas fueran concebidas y leídas a las jóvenes de París:

Charles-Albert Demoustier, non moins recommandable par la pureté de ses mœurs, qu'ami zélé d'un sexe auquel la nature même sembloit l'avoir attaché par des rapports sympathiques, je veux dire, par la délicatesse de son esprit et l'aménité de son caractère, avoit ouvert une espèce de *Cours de Morale*, principalement destiné à l'instruction des femmes. Elles se réunissoient à certains jours réglés pour entendre les discours dont il leur faisoit la lecture. Diverses assemblées eurent lieu à cet effet, tant en l'an 5 au lycée des *Etrangers*, que pendant l'année suivante au lycée dit *Thelusson*. Dans chacune de ces séances, notre amiable moraliste exposoit à ses chères disciples les opinions et les principes jadis professés par les plus célèbres philosophes de l'antiquité: c'étoit en quelque sorte le canevas de ses leçons, où, employant tour à tour le précepte et le sentiment, il rappeloit adroitement aux femmes et les vertus privilégiées de leur sexe, et les secrets les plus sûrs de l'art de plaire, et les moyens enfin de jouir, dans toutes les époques de leur vie, d'un bonheur fondé sur la sensibilité et la vertu. La prose et la poésie, fondues ensemble avec ce talent qui lui étoit particulier, concouroient à remplir son but, en captivant diversement et l'esprit et le cœur de son intéressant auditoire (en Demoustier, 1804: 1-2).

Prosigue diciendo el editor que la mala salud del maestro obligaba a veces a aplazar esas amenas lecciones, y por fin las interrumpió del todo con no poca decepción de las alumnas. Aunque el curso no había recibido el completo desarrollo previsto y andaba falto de la última lima, han creído un servicio público ofrecérselo a todos. Será útil en particular a las damas, y si estas lo acogieran bien, no dudaba el editor de que su infalible juicio en materia de gusto lo haría también agradable a los varones. Tras esas monsergas de vendedor colocando su mercancía, viene el «Discours préliminaire» que presenta la obra y se declara pronunciado por Demoustier en la inauguración del curso el año 5 (en el calendario revolucionario se encabalga entre 1796 y 1797); en él el moralista advierte a sus lectoras que no viven ni en el siglo ni en el país de la moral, de ahí que su lenguaje les resulte extraño y entristecedor. Su propósito es quitar a la moral ese aspecto antipático y mostrarla en su verdadera faz, dulce y amigable, sin la adustez de un curso completo y riguroso. Sobre todo Demoustier quiere halagar a su público y disipar la falsa idea de que se trate de un reproche contra los vicios de las mujeres, ni de enseñar a estas a

Las mujeres tuvo una función única en octubre de 1804, traducido por Félix Enciso Castrillón. El mayor éxito fue *El reconciliador*, que también se llevó a escena en los Caños durante cinco funciones en julio de 1804 en versión de Enciso que se dio a imprenta ese año; luego se repuso días sueltos de 1805, 1806 y 1807, años en que Blanco Crespo vivía en Madrid; también se representó en Sevilla una decena de veces, casi siempre en jornadas sueltas, entre 1806 y 1827, y en Palma de Mallorca en septiembre de 1812. Tomo los datos respectivamente de las carteleras madrileña de Andioc (1996), sevillana de Aguilar Piñal (1968) y palmesana de Larraz (1974).

comportarse. No es pues moralismo misógino al uso, sino una exaltación de la inclinación femenina a la virtud:

Je ne veux leur parler que de leur vertu, et leur rappeler principalement le nombre de celles qui, moins essentielles en apparence à leur réputation ou à leur bonheur, attirent moins souvent leur attentions; comme on rappelle au souvenir d'un riche propriétaire l'état de ses moindres possessions, afin de l'engager à leur donner une partie de la culture qu'il consacre à ses grandes propriétés (1804: 6).

Para evitar la monotonía, adoptará la voz de los mejores filósofos de la Antigüedad, contrastando así sus ideas y sus principios, la amenidad de unos con la severidad de otros. Esta introducción, como el resto del libro, concluye con ilustraciones en verso de las ideas desarrolladas, buscando esa alternancia amena entre enseñanzas en prosa y expresiones líricas que caracteriza la fórmula literaria del autor. Cada capítulo trata sobre un filósofo antiguo, del que se proporcionan unos datos generales y los principales rasgos y ejemplos de su pensamiento, no exclusivamente en el terreno moral, pero insistiendo en este. Todo ello va salpicado de poemas. Los autores tratados son Tales, Solón, Sócrates, Antístenes y Aristipo. En la segunda parte, que corresponde a las lecciones del año 6, tenemos otro discurso preliminar sin mayor interés y los capítulos consagrados a Platón, Diógenes, Crates y Zenón, y por fin Epicuro.

Es en este capítulo postrero, «Épicure», donde encontraremos el poema que vincula a Demoustier con Blanco. Se abre declarando que Epicuro ha sido el filósofo más calumniado, pese a ser quizá el más sabio y amable de la Antigüedad. Su teoría del placer se fundamentaba en la pureza, la sencillez y la sobriedad, las mejores de las virtudes. El autor ilustra esa teoría con una escena idílica en un recogido rincón campestre de Mitilene, donde nace un arroyo entre el fango y forma un lago fertilizador. Allí se reúne Epicuro con sus discípulos y les imparte sus enseñanzas, a golpe de poemas. En este momento un discípulo interrumpe y formula una pregunta, que en verso contesta el filósofo condenando el orgullo y la ambición. Y como presume de tomar de la naturaleza sus mejores ejemplos, el arroyo que atraviesa ese lugar le sirve de alegoría contra el vicio de buscar la grandeza, que solo conduce a la ruina. De tal modo, la contemplación del curso de esas aguas desde el manantial a la desembocadura articula una convencional imagen del desengaño moral sobre la futilidad de las ambiciones. Así reza todo este pasaje poético:

Mais si, même en glanant, on trouve quelque épine,
comment s'en garantir? —En évitant l'orgueil.
l'ambition, du bonheur est l'écueil.
Qui marche à la grandeur, marche vers sa ruine.
Notre vie est pareille au cours
de cette onde naissante et pure:
comparons-les; j'aime à puiser toujours
mes exemples dans la nature.

Voyez dans mon champêtre asyle
serpenter ce jeune ruisseau.
Entre la fleur et le roseau
il poursuit sa course tranquille.
Bientôt par cent détours divers,
égaré, loin de sa patrie

il va traverser des déserts:
voilà l'image de la vie.

Tantôt sous un ciel sans nuage,
paisible et pur comme un beau jour,
des champs et des bois d'alentour
son sein réfléchira l'image.
Tantôt l'aquilon irrité
viendra sur sa rive fleurie
rider son cristal argenté:
voilà l'image de la vie.

Plus loin, son onde ambitieuse,
fuyant des rivages obscurs,
d'Athènes va baigner les murs:
elle en sort livide et fangeuse.
dans une heureuse obscurité
tant qu'elle fut ensevelie,
rien n'altérait sa pureté:
voilà l'image de la vie.

Enrichi du tribut limpide
que lui portent mille ruisseaux,
il devient fleuve, et de ses eaux
il étend la marche rapide.
Son cours étonne l'univers,
Amphitrîte lui porte envie...
Il disparoît au sein des mers!
Voilà l'image de la vie.

(Demoustier, 1804: 238-239)

Son esas cuatro estrofas finales las que traduciré Blanco Crespo. Las *Œuvres* de Demoustier se reimprimieron alguna vez en años posteriores, pero interesa sobre todo comprobar que ese poema en concreto sobrepasa del *Cours de morale* con entidad propia. Una de las revistas parisinas más prestigiosas, *La Décade philosophique, littéraire et politique*, lo copia parcialmente (omite la segunda estrofa) dentro de una breve reseña de esa novedad bibliográfica, firmada por N. Allí se pondera ese retazo escogido como uno de los mejores de una obra desigual:

Le *Cours de morale* de Demoustier réunit tous les défauts et les agréments qu'on remarque dans la plupart de ses ouvrages; néanmoins on le lit avec grand plaisir. Si par fois on peut y reprendre un peu de recherche, de prétention, de métaphysique, on y trouve aussi des pages de prose bien pensées et bien écrites, et des vers très-heureux. *Épicure* et *Thalès* en offrent un grand nombre. La morale de ces philosophes n'est pas la morale des jansénistes; mais quand on veut persuader, faut-il prendre un ton farouche? Demoustier d'ailleurs s'est souvenu qu'il parlait aux dames. Il a cherché à plaire pour mieux convaincre.⁴

4 N° 13, año XII, 10 de pluvioso (enero de 1804), pp. 229-234, la cita en p. 233, como la siguiente.

Y los versos sobre la futilidad de la ambición son presentados como «une leçon d'Épicure qui me paraît digne d'être citée». De la *Décade* copia esa misma reseña la revista *Le nouvel esprit des journaux françaises et étrangers*,⁵ publicada en Bruselas, y de este *Esprit* la toma a su vez la revista inglesa *The British Critic*,⁶ que la traduce abreviándola y dejando solo un par de los poemas seleccionados en el artículo (uno de ellos el que nos interesa), sin los comentarios. Por otra parte, el poema, amputado de la introducción y convertido de este modo en una pieza lírica autónoma (igual que en la traducción de Blanco), se ha venido publicando también como «Le ruisseau ou l'image de la vie» en varias antologías.⁷ Esas son las apariciones tempranas del poema original que he podido localizar, sin descartar que hubiera otras.

Aunque el libro se escribió para las damas, parece que Demoustier halló lectores también entre los varones europeos, como prueba la traducción que nos ocupa. Blanco no pudo tomar el texto de la *Décade* ni de sus ecos porque allí faltaba una estrofa; hay que suponer, a falta de más datos, que lo leyese en algún ejemplar de las *Œuvres* de 1804 entre la fecha de impresión y su marcha de Madrid en 1808. Era un autor conocido en su círculo literario, pues Manuel José Quintana firmó en su semanario *Variedades* una amable reseña de *El Reconciliador*, donde elogiaba matizadamente las *Cartas a Emilia* y mencionaba varias librerías madrileñas donde podían encontrarse sus obras recopiladas, incluido el «Curso de moral para las mujeres, con algunas poesías sueltas, donde hay cosas excelentes».⁸ En cualquiera de esas librerías, o en la tertulia de Quintana, o en cualquier otro gabinete literario de la corte, Blanco pudo leer ese *Cours*. Mas dado que el único testimonio es el escueto papel de Liverpool, tendremos que conformarnos con esto y centrarnos en comentar el modo como el poeta español manejó el original y lo llevó a su terreno.

Esta no es una imitación, como otros de los poemas ajenos que versionó en sus años tempranos (Pope, Gessler...), sino una traducción estricta, aunque no sin aproximarla a sus inquietudes. Los cambios más audaces tienen una clara justificación estructural: Blanco se inventa una destinataria (Tirsis), elimina la referencia espacial a «mi campestre asilo» y sustituye Atenas por una «opulenta ciudad»; todo ello refuerza la autonomía de unos versos que quedan así desgajados de su marco original de inserción para convertirse en una reflexión moral desvinculada de Epicuro y del *Cours*. En el plano estilístico, la versión blanquiana es mucho más expresiva. Frente al lenguaje más plano y directo de Demoustier, el sevillano añade un colorido definido y lírico. Carecen de correlato en el texto fuente versos como «les da a aquellas verdor, a estas olores» y «cuál orgulloso empieza / a dilatar la espalda cristalina», epítetos como «solitario» al hablar del arroyo que atraviesa el desierto o «alto» para referirse al muro de la ciudad, la «furia insana» del viento aquilón, la «playa estremecida», etc.; por otro lado, la «patria» se transforma en «plácida guarida» y el «mar» en «inmenso golfo». Es perceptible la intensificación emocional del lenguaje, que sin desbordarse nunca, traduce en afectos y pasiones del alma lo que en Demoustier es una alegoría moral mucho más abstracta.

5 T. VII, marzo de 1804, pp. 32-40.

6 Vol. XXIV, número de diciembre de 1804, art. 40, pp. 698-700, en la sección «Foreign catalogue. France».

7 En la *Nouvelle anthologie, ou choix de chansons anciennes et modernes, publiés par L. Castel*, París, 1826 (y numerosas reediciones, en la segunda de 1828 figura en el t. II, pp. 298-299); en las *Chansons de F. Dauphin*, París, Chez Le Jay, 1827, t. II, pp. 146-147; en las *Chansons nationales et populaires de France, accompagnées de notes historiques et littéraires par [Théophile Marion] Dumersan et Noël Ségur*, París, Gabriel de Gonet, 1846 (y numerosas reediciones, en la de 1851 figura en el t. II, pp. 369-370).

8 T. III de 1805, pp. 364-374. Quintana juzgaba a Demoustier como «un talento más ingenioso que sólido, más ameno que profundo, más fácil y gracioso que enérgico y elevado» (p. 374), resumiendo su criterio en que fue un escritor agradable y bien apreciado de sus colegas, pero que aún tendría que haber madurado. Véase también Dérozier (1978: 69-72).

Pero quizá la mutación más sustanciosa de todas tiene que ver con la métrica y la tonalidad rítmica. Demoustier usa 32 versos octosílabos (esto es, ocho sílabas con acento agudo, que equivalen a los enneasílabos del cómputo métrico español), en estrofas de ocho versos que riman ABBACDCD y terminan con un estribillo fijo: «he aquí la imagen de la vida». Es una versificación ligera, lineal y sin pretensiones, con un ritmo simple y monótono. Blanco amplifica el texto al extenderlo por 36 versos, modelados según la forma lírica española más ajustada a la temática moral desde Garcilaso y fray Luis de León, que requiere una musicalidad más entrecortada. Para ello recurre a una estructura semiflexible con versos de 11 y 7 sílabas, una de las muchas fórmulas análogas a medio camino entre la canción petrarquista y la silva frecuentes entre los neoclásicos: cuatro estancias de entre ocho y diez versos, con uno o dos heptasílabos distribuidos variablemente entre los endecasílabos de cada una, y diferentes combinaciones de rimas consonantes (en su mayoría secuencias de cuatro rimas cruzadas o abrazadas) y algún que otro verso suelto. Es obvio que Blanco quiere un formato menos monótono y que busca encajarlo en la tradición autóctona de poesía moral introducida en el XVI, intensamente vigente aún entre nuestros poetas del XVIII. Al margen de lo que cada cual opine del talento lírico del escritor sevillano en sus años juveniles, no se le puede negar el buen oído, y lo armonioso y delicado de su musicalidad. Pienso que en ese terreno —y en casi todos— mejora de largo el original francés.

No es, desde luego, una obra que cambie nuestra imagen del escritor: gustos aparte, ni el texto original vale gran cosa, ni Blanco Crespo lo volcó en forma particularmente memorable, aunque lo mejorara. Demoustier, escritor amanerado y de moda en el sentido más pobre del concepto, tan secundario en Francia como poco recibido en España, tampoco resulta una referencia que enriquezca de manera decisiva el acervo formativo del traductor. Nos hace ver que Blanco estaba al tanto de la espuma bibliográfica de las novedades parisinas, y que en algún lugar de Madrid pasearía las hojas del *Cours de morale* hasta detenerse en estas en concreto. Los elogios que han vertido sobre esta traducción los pocos que la han comentado me suenan bastante excesivos. María Victoria de Lara la alaba y la inscribe en la tradición de la poesía moral de Fray Luis:

El resultado es una perfecta poesía, de estrofas límpidas y correctas sin resabios de retórica, y de una armonía que recuerda a Fray Luis de León. El pensamiento encerrado en la limitación de cada una de las estrofas obtiene perfecto desarrollo, y está expresado con sobriedad y elegancia (Lara, 1943: 213).

Garnica y Díaz creían percibir una emoción autobiográfica rebotante de acentos personales, opinión que suscribe Ríos Santos sin ahondar más allá (2004: 250-251). Para estos estudiosos y traductores de Blanco, el periodo madrileño supone un cambio respecto a la poesía convencionalmente neoclásica que practicaba en Sevilla —lo que denominan «el decir distanciado y paternalista de los ilustrados» (en Blanco White, 1994: 15)—, pasando ahora a escribir una serie de poemas, donde incluyen «La vida», «sobre los paisajes de su corazón, esto es, su poesía deja de ser un dato en su biografía para hacerse una confesión de sus sentimientos» (15). Y completan esa descripción hablando de una línea «sincera e intimista, de misteriosa vaguedad lírica, siempre suave y melancólica» (15). Esta caracterización pretende cubrir de un solo plumazo la decena larga de poemas asociados a los años de Madrid, y como suele ocurrir funciona en unos casos, pero no tanto en otros. En cuanto a la expresión subjetiva de sus sentimientos, en el caso de «La vida» no queda anulada por tratarse de una traducción (esto es, la adaptación de una subjetividad ajena); Garnica y Díaz aseguran que «el asunto le atrajo por su fiel identificación con sus propias

experiencias personales» (en Blanco White, 1994: 217), aunque ellos desconocían el texto original a la hora de hacer tal juicio.

No es para tanto. A mí me resulta un poema más bien rutinario, sin negarle en su totalidad las cualidades que le atribuyen. Es indiscutible que Blanco personalizó y «emocionó» un tópico moral que en Demoustier sonaba más a lección que a introspección. Pero tampoco había tanta agua que sacar del pozo, y no hay que exagerar el componente autobiográfico: es en realidad otro intento voluntarista de «romantizar» a un Blanco White que ni entonces era romántico ni lo sería luego de verdad. Lo cierto es que algo le picó en esa página como para dedicar unas horas a traducirla, acaso no más de un par de tardes, que aún así siguen siendo unas tardes que hay que explicar. Mas los filólogos no hemos de ejercer de adivinos y conviene no pasar más allá de los hechos que podamos constatar.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR PIÑAL, Francisco (1968), *Cartelera prerromántica sevillana (Años 1800-1836)*, Madrid, CSIC (*Cuadernos Bibliográficos*, XXII).
- ANDIOC, René y Mireille COULON (1996), *Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII (1708-1808)*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.
- BLANCO WHITE, José María (1971), *Antología de obras en español*, ed. de Vicente Llorens, Barcelona, Labor.
- (1994), *Obra poética completa*, ed. de Antonio Garnica Silva y Jesús Díaz García, Madrid, Visor.
- (2010), *Artículos de crítica e historia literaria*, ed. de Fernando Durán López, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- DEMOUSTIER, Charles-Albert (1804), *Oeuvres de C. A. Demoustier. Cours de morale et opuscules en vers et en prose...*, París, Rénouard.
- DÉROZIER, Albert (1978), *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Turner.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2005), *José María Blanco White, o la conciencia errante*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- (2013), «Limpiando un borrón en la bibliografía de José María Blanco White: el verdadero autor de *Vargas, a tale of Spain* fue Alexander Dallas», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 19, pp. 391-401.
- LARA, María Victoria de (1943), «Nota a unos manuscritos de José María Blanco White», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 20, nos. 78 y 80, pp. 110-120, 196-214.
- LARRAZ, Manuel (1974), «Le théâtre à Palma de Majorque pendant la guerre d'Indépendance (1811-1814)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 10, pp. 315-355.
- RÍOS SANTOS, Antonio Rafael (2004), *Blanco White a inicios del siglo XIX, hasta exiliarse (23-Feb.-1810)*, Sevilla, s. e.